

MUSICA DE CAMARA DE SORO

P O R

Daniel Quiroga Novoa

«En 1905, año en que llegué a Chile, no existía ningún notable compositor de música. Cuando en el año siguiente quise iniciar los conciertos clásicos, todos me desanimaron, diciéndome: «Si aquí no se dan nunca conciertos; años atrás, durante la permanencia de Gervino, se fundó un cuarteto que no tuvo aceptación...! no haga disparates, Giarda, renuncie a su idea, porque al realizarla irá en busca de un fracaso, desde que aquí sólo gusta la ópera».



(L. S. Giarda, Estudio sobre tres obras de Enrique Soro, 1919).

TODAVIA adormecido bajo el influjo suave y voluptuoso de la cavatina favorita o del fogoso desplegarse del «aria di bravura», el ambiente musical chileno vió partir hacia Italia, el 13 de Abril de 1898, a un joven músico nacido en Concepción que había logrado atraer la atención de las autoridades por dotes artísticas que en él se revelaban con abundancia. Enrique Soro, hijo del músico italiano José Soro y de la dama chilena doña Pilar Barriga, por rara contradicción hacia el medio y aún hacia los aparentes dictados de su ancestro, partiría a Italia, cuna del «bel canto» y retornaría de allí sin entregar jamás ninguna obra teatral, ni siquiera poner en música escena alguna.

Chile había enviado a Italia, ya en 1885, a otro joven músico nacido en Valparaíso, a quien recibió de regreso en 1895, colmando de honores al fruto temprano de su viaje admirativo por la escena operística italiana. Ya en anterior ocasión hemos referido algunos detalles sobre el sintomático entusiasmo desplegado en torno al músico chileno que era capaz de escribir en el estilo muelle de los autores de Norma y Lucía (1). No otra cosa quería el público musical chileno a fines del opulento siglo diecinueve, sino trasplantar al país, si era posible en puñados de tierra nuestra enviados a Italia a recoger la semilla, aquella ingenua y lacrimosa estética derramada por el «bel canto», cuyo imperio no había de romperse hasta Soro y con él buscar salida al círculo vicioso, origen principal del

(1) «Aspectos de la Opera en Chile en el Siglo XIX». N.º 25-26 de esta Revista.

notable atraso con que vivíamos en Chile respecto de la verdadera música hasta hace muy poco.

Digo que hasta Soro no habría de romperse aquel círculo vicioso, pues el muchacho de catorce años que partió a inscribirse al Conservatorio de Milán, pensionado por el Gobierno de este país pequeño, desconocido y lejano, regresó a su patria después de haber profundizado seriamente en las enseñanzas impartidas por destacados maestros de aquel plantel. Lejos de buscar el éxito fácil a la medida de nuestro ambiente, Enrique Soro se adiestró en la práctica de formas musicales que hacen necesaria una base técnica seria y, al mismo tiempo, un poder de concentración mayor que el requerido para escribir, al correr de la pluma, una *canzonetta* de recargada *floritura*.

Y es en este punto donde su obra deja de lado todos los intentos, con más buena intención que conocimientos, hechos hasta entonces por los compositores nuestros. Es Soro el primer músico de técnica consciente, capacitado para hablar un lenguaje elevado y cuya obra posee méritos bastantes para suscitar, no sólo la simpatía, sino la atención de cualquier auditorio cultivado. Enrique Soro inaugura con sus obras una etapa por completo renovadora para aquella época que despedía el siglo antiguo y recibía al nuevo.

La inclinación seguida por Soro, en busca de un idioma musical poseedor de serio fundamento, se refleja con entera presencia en las obras de cámara compuestas por este músico, incluso desde sus días de estudiante en Milán. A ellas nos referiremos en los párrafos que siguen.

* * *

Enrique Soro reconoce como su primera obra, opus 1 en su extenso catálogo, la Sonata para piano y violín en Re menor, escrita todavía en Italia alrededor de 1902 a 1903.

El compositor conserva hacia esta obra un especial afecto, pues en ella, y al primer vistazo, se advierten giros melódicos peculiares en el estilo de su autor. Lejos de lo que pudiera creerse, tratándose de una obra de juventud, la Sonata en Re menor no busca en su desarrollo sino cumplir con estrictez los mandatos formales de la Sonata, a los cuales se somete dando vida dentro de ellos a los tres movimientos que la componen. Se señalan desde ya en esa obra las características de estilo que el maestro Luigi Stefano Giarda en un estudio sobre Enrique Soro ha señalado con acierto diciendo: «El maestro Soro no es un modernista en el sentido preciso de la

palabra. Sus composiciones están basadas sobre la forma clásica llevada al apogeo por Beethoven y, en seguida, en sentido más moderno, pero sin alterar la esencia, por Schumann y Brahms». Juicio por completo ajustado a la verdad, según se desprende del examen de sus obras y, particularmente, de las que nos corresponde ocuparnos en estos apuntes: las de cámara. Fijamos, pues, en esta Sonata en Re menor el punto de partida del músico chileno hacia el cultivo de la música instrumental de cámara, a la cual ha aportado composiciones de indudable significación.

Diremos, por último, de esta primera obra que fué estrenada en Chile por el violinista Enrique Weingand, acompañado por el compositor, durante un concierto de sus obras realizado en 1905, en el teatro Unión Central, con motivo del regreso del músico al país. Posteriormente, fué ejecutada en Buenos Aires en 1917, pero se conserva inédita.

Ya al fin de sus estudios en Italia, Enrique Soro escribe una de sus obras más logradas, prueba definitiva de una capacidad innegable de músico creador: el Cuarteto de cuerdas en La mayor. En esta obra se combinan, en un plano de evidente superación, las características de su estilo, definitivamente plasmado. Al acentuado lirismo de sus melodías, que se expanden en un amplio ámbito expresivo, se une la sabia utilización de los recursos formales que mantienen la trama de cada uno de los cuatro movimientos en un equilibrio dentro del cual el juego instrumental es siempre claro y fluído. Atendiendo las características antes señaladas que presiden su estilo, Soro mantiene una adhesión estricta a las formas empleadas en la Sonata según el plan clásico-romántico. Un primer tiempo, en forma de Sonata presenta dos ideas principales, expuesta la primera, de carácter vigoroso, por la viola y la segunda, muy expresiva, por el violoncello, quien la propone más adelante como sujeto de un fugato que conduce, después de reexponer brevemente ambos temas, a una Coda final. El segundo movimiento es un Minuetto, en Sol mayor que, como el Trío en Do mayor, está planteado más bien con severidad que no con el animado carácter de «scherzo» con que lo reemplazará después el autor en otras de sus obras. El Andante, que constituye el tercer movimiento, escrito en forma de Lied, da campo al compositor para explayar ideas melódicas de intensa expresión romántica, cuyo patetismo subrayan adecuadamente los instrumentos. En contraste con el movimiento anterior, el bien logrado interés rítmico que Soro descubre a menudo en sus obras, se abre paso en el último movimiento, donde se combinan dos temas principales por medio de atrayente juego contrapuntístico y alter-

nación de tiempos rápidos y lentos, al que una Coda da culminación. Este movimiento reúne, en nuestra opinión, el máximo interés de los cuatro que componen esta excelente obra, sin duda, el primer Cuarteto digno de este nombre escrito en nuestra música.

El Cuarteto de Soro se estrenó en el Teatro del Conservatorio de Milán, con clamoroso éxito, en 1904. A su audición se debió en gran parte el que le fuera otorgado el Premio de Alta Composición de aquel año. Con posterioridad a esa fecha, dicha obra se ejecutó en la Sala Pleyel de París, por el Cuarteto Geloso (J. Geloso y A. Bloch, violines; Pierre Monteux, viola y G. Tergis, violoncello), durante un programa que incluyó obras de piano tocadas por A. Casella. La primera audición en Chile se efectuó en 1912, ejecutándolo el Cuarteto compuesto por Lo Priore, Carvajal, Cavalli y Giarda.

La crítica de Milán saludó el estreno del Cuarteto de Enrique Soro con palabras de elogio, de las cuales reproducimos las del diario *El Siglo*: «El compositor mantiene el desarrollo de las frases melódicas con mucha destreza, elegancia y acertada amalgama de los instrumentos. El Minuetto bellísimo; el Andante, patético y conmovedor. Desarrollado como de maestro, el Finale».

* * *

Tres obras de música de cámara marcan en los años que siguen al Cuarteto la maduración del estilo de Enrique Soro. Todas ellas están escritas en Chile. La primera es la Sonata N.º 2 para violín y piano, dedicada al violinista Weingand. El maestro dispone los movimientos de esta Sonata en un plan que veremos repetirse en sus demás composiciones: Allegro, Scherzo, Intermezzo y Final. El primer movimiento, en forma sonata, se inicia con un tema rápido trabajado en imitaciones, que contrasta con una segunda idea fundamentalmente melódica. En el Scherzo encontramos ya la riqueza de invención rítmica con que Soro trata este tipo de composición, la que en el piano se traduce por una escritura de mucha exigencia. El Intermezzo muestra una idea de rica expresividad desarrollada por el violín en atrayente combinación con el piano. El Final, Allegro con brío, encierra gran interés por la abundancia de recursos rítmicos de combinaciones contrapuntísticas y es digno de señalarse por el interés dado a la parte del piano, comparativamente de mayor exigencia que la del violín, pues es usado con mayor virtuosidad. Si a alguien recuerdan la sonoridad y el carácter de los temas, es sin duda a Brahms. Como en el caso del músico hamburgués,

sólidos acordes del piano y extensos arpeggios mantienen una firme base armónica, sobre la cual el violín desenvuelve intensamente la expresividad de la melodía. Esta Sonata fué estrenada en un concierto dado por Soro en el Carnegie Hall, en 1921, y se encuentra editada por la Casa Schirmer.

Enrique Soro, como ya se ha dicho, no oculta su preferencia por el estilo romántico, o como suele llamársele, clásico-romántico; se ha señalado también que el arte de Schumann es motivo de su admiración. No puede extrañarnos entonces que, como fruto de aquella predilección, haya escrito una obra para el conjunto en el cual Schumann entregó una obra maestra para la música de todos los tiempos: el grupo instrumental formado por el piano y el cuarteto de cuerdas. Es ésta una de sus composiciones más logradas, de mayor solidez formal y cuya inspiración, romántica sin rodeos, logra mantenerse siempre en una altura de música pura en la que, si bien es cierto, se advierten directas reminiscencias de sus autores favoritos, no es menor el mérito que tal recuerdo otorga a quien puede hacerlos evocar sin perder su personalidad.

El Quinteto de Soro, en Si menor, consta de cuatro movimientos: el primero, siempre en forma sonata, mantiene un constante interés sonoro, ya por el bien tramado juego contrapuntístico o los hábiles efectos de armonía que en él abundan, ocupando en todo momento al piano en amplio despliegue de posibilidades. El segundo movimiento es un Andante, de carácter tranquilo, sobre dos temas que se desplazan sucesivamente de un instrumento a otro, dentro de un ambiente de elevación expresiva y claridad formal. El Scherzo, que constituye el tercer movimiento, es otra de las demostraciones del acierto con que el autor trabaja esta forma, en la que, en rápidos diseños rítmicos, los diversos instrumentos entrelazan sus timbres. El último tiempo posee una compleja elaboración temática, a base de dos ideas principales, opuestas en carácter y tratadas con amplitud de recursos rítmicos. En el desarrollo de ambas ideas, surge de improviso un fugato que se desenvuelve extensamente y culmina con la reexposición de los temas principales. Una vigorosa Coda pone fin a esta maciza composición, obra de arte de la que puede estar orgullosa nuestra música. El Quinteto fué estrenado en Chile por Giarda, Carvajal, Lo Priore, Cavalli y el autor, en el año 1919. Ha sido ejecutado numerosas veces, la última de las cuales fué en la temporada de música de cámara del Instituto de Extensión Musical del año 1943 y su ejecución estuvo a cargo del autor y del Cuarteto Chile. Se la ha ejecutado también en Europa, Estados Unidos, Buenos Aires y Lima. Permanece inédito.

En 1926 escribe Soro el Trío en Sol menor, para violín, violoncello y piano. En esta composición, también en cuatro movimientos (Allegro moderato, Andante cantabile, Molto vivace y Presto), impera más que nada una inspiración que busca manifestarse con una inquietud que mantiene en constante movimiento las partes instrumentales. Sonoridades brillantes, frecuentes efectos dinámicos y una escritura vehemente, que exige de los instrumentos ámbitos melódicos muy amplios, marcan una constante característica en esta obra. Mayor riqueza de color en la armonía es también frecuente encontrar en ella, junto al enérgico sucederse de sus temas que, más que nunca, parecen nacidos de esos raptos de inspiración a los que gusta abandonarse a menudo el compositor.

Este Trío está editado por Schirmer y fué dedicado a Pablo Casals, cuyo Trío lo estrenó en Barcelona el mismo año de su composición. En Chile fué ejecutado por primera vez por el Trío Giarda, integrado por José Varalla, violín, L. S. Giarda, cello y Bindo Paoli, piano.

* * *

El maestro Soro, a quien cupo desarrollar en Chile vasta labor como pianista, ha escrito para el piano multitud de obras, en verdad de muy desiguales merecimientos. Nada quita al prestigio del maestro pasar por alto y no detenerse ante aquel cúmulo de pequeños trozos de música de salón en los que su autor lucía, con voluptuosidad regocijada, sus extraordinarias dotes de improvisador. Nos detendremos mejor en algunas de sus Sonatas para piano, en las que el maestro ha vertido su concepto virtuoso de la escritura pianística y, al mismo tiempo, su firme adhesión hacia modelos románticos de vigorosa expresividad.

Soro ha escrito varias **Sonatas para piano solo. En 1920-21 compone la N.º 1, en Do sostenido menor**, editada por Schirmer el mismo año y ejecutada por el autor durante un concierto de sus obras en el Carnegie Hall, en 1921. Consta de cuatro movimientos (Allegro moderato, Andante con variazioni, Scherzando y Allegro con fuoco). Después, en 1923, escribe la Sonata en Re mayor (dedicada a Rubinstein) y que fué editada por Ricordi en el mismo año. Esta obra la ejecutó el autor durante su visita a España en 1929, con ocasión de la Exposición de Sevilla. Rubinstein le dió a conocer durante sus conciertos en diversos países de Europa. Para el Concurso del IV Centenario de Santiago, el maestro Soro escribió la Sonata en Mi menor, en cuatro movimientos, composición que logró obtener uno

de los premios de dicho certamen, los cuales fueron discernidos por un jurado integrado por destacados músicos extranjeros.

Pero la abundante inspiración del músico chileno no conoce el descanso. Soro trabaja constantemente y así, en los últimos años, no ha dejado de seguir contribuyendo a aumentar el número de obras de cámara que hasta ahora hemos reseñado brevemente. En su estudio hemos podido ver el original de una Sonata para violoncello y piano, fechada en 1947, escrita a la memoria de su madre y que mereció uno de los premios por obra otorgados este año por el Instituto de Extensión Musical. Asimismo, hemos podido apreciar sus «Tres piezas para violín y piano», recientemente terminadas, y que su autor subtitula «en estilo antiguo», compuestas por Minuetto, Aria y Gavota, en las cuales Soro vierte algo de aquella aficción suya hacia un arte formal, en el que, como hemos visto, pareciera complacerse en aprisionar lo abundante y expansivo de su inspiración.

Breves líneas que no pueden dar más que una idea somera de uno de los aspectos mejores de la obra del músico nato que es Enrique Soro, son las que vamos ahora a terminar. No pondremos punto final a este resumen, sin decir que, aunque las tendencias estéticas actuales distan no poco de coincidir con las que cultiva con cariñosa delectación este compositor, nadie podrá jamás negarle el valioso impulso que ha significado su obra, la calidad de su trabajo, y la seriedad de sus conocimientos.

De las muchas deudas de gratitud que los músicos chilenos de hoy tienen para quien abrió a Chile las puertas de la música de calidad, salvándolo del operismo que lo mantenía encerrado en un callejón sin salida, no es la menor ésta de haber recibido de él, por medio de obras escritas con inspiración verdadera y sólida técnica, una tradición auténtica, base imprescindible para que cuantos le siguieron pudieran conducir a nuestra música hacia nuevas conquistas.

Audiciones escogidas:



Obra: Sonata N° 1 para piano

Intérpretes: Armando Moraga (pf)

Lugar/fecha: Salón Audiciones Biblioteca Nacional, 31/07/1963

Ocasión: 1° Concurso Música Chilena para Piano

Compositor: Enrique Soro Barriga

[Volver](#)